

MIS AMORES CON PE

¡Sensacional!

por
NELLY RIVAS
Exclusivo para **BOHEMIA**
por EDITORS PRESS SERVICE Inc.

El final de una época

EL 19 de septiembre de 1955, tres días después de haberse producido lo revolucionario en la Argentina, el presidente Perón, vestido con su uniforme de general, subió apresuradamente las escaleras de la residencia presidencial y al llegar arriba me besó. Había venido sólo por unos momentos de la Casa de Gobierno desde donde dirigía las operaciones contra las fuerzas revolucionarias.

feliz con el Primer Príncipe del Reino.

Tenía catorce años cuando nos conocimos y dieciséis cuando nos separamos. Pocas chicas habrán vivido dos años más extraordinarios ni tampoco dos tan dolorosos como los que los siguieron.

No he tenido contacto alguno con Perón desde que partió al exilio. Este relato, si es que llega a leerlo, le dará las primeras noticias

—Demos gracias a Perón que nos ha dado este pan.

Hasta entonces, mi padre apenas había alcanzado a vivir con su salario mensual de cien pesos, de obrero en la fábrica de caramelos Noel. El arriendo de la habitación en que vivíamos nos costaba 38 pesos. Esto nos dejaba sólo dos pesos al día con los que nos debíamos arreglar mi madre, mi padre y yo. Dos pesos tienen actualmente el

taba la electricidad cuando le venía en gana o se encerraba en el único baño y permanecía allí tres horas, mientras todos los demás esperábamos.

Mi madre nos libró de esta situación obteniendo un empleo de portera en un nuevo edificio de departamentos, de cuatro pisos. Por su cargo tenía derecho a ocupar el departamento de la planta baja a un alquiler reducido. El departamento tenía cocina y un excelente baño. ¡Qué dicha! Era la primera vez que teníamos semejante lujo.

La habitación era amplia y agradable y mi madre la arregló en forma muy cómoda para nosotros tres. Al pie de la cama matrimonial de mis padres había un sofá-cama en el que yo dormí hasta los catorce años, edad en que me fui a vivir a la Residencia Presidencial.

El trabajo de mi madre consistía en abrir las puertas del edificio, a las siete de la mañana y en cerrarlas nuevamente a las diez de la noche. Debía disponer de la basura de cada uno de los nueve departamentos y lavar los corredores y escaleras. Tan pronto mi madre terminaba de hacer el aseo, los numerosos niños que vivían en el edificio volvían a ensuciar. Ella, pacientemente, limpiaba de nuevo. Pero este exceso de trabajo acabó por arruinar su salud, enfermándose crónicamente de los riñones.

Un día en que jugaba en la puerta con unos niños vino la madre de éstos y alejándolos de mí les dijo:

—Con ella no. Es la hija de doña María.



Nélida Rivas, a la edad de cinco años, con su madre, en Buenos Aires.

Fue un beso como siempre y no me alarmé.

—¡Hasta luego! —me despedí—, ¡Y que tengan suerte!

Ea fue la última vez que vi a Perón.

Aquel día significó el final de toda una época en la vida de la Argentina y también el final de nuestro idilio de casi dos años.

Esta revolución, que estallara tan inesperadamente, echó por tierra el gobierno de Perón; también hizo pedazos mi mundo de sueño, en el que yo, princesa que no hacía mucho había sido Cenicienta, vivía

sobre lo que sucedió después de separarnos.

El pan que nos dio Perón

Tenía yo más o menos siete años cuando Perón, que acababa de ser elegido presidente, decretó que se pagara a los trabajadores un aguinaldo de Navidad equivalente a un mes de sueldo. Hubo gran júbilo en las calles.

Recuerdo esto muy vívidamente porque fue la primera vez que tuvimos en casa "pan dulce" para la Navidad. La familia se reunió alrededor de la mesa y mi abuelo nos dijo:

valor de cinco centavos de dólar. Cuando era niña valían más, pero no tanto más que pudiéramos vivir como es debido.

Vivíamos en un conventillo (casa de inquilinato) no lejos del hospital donde nací el 21 de abril de 1939.

Más adelante nos cambiamos a otra habitación en otra casa de inquilinato, pero esto no mejoró grandemente nuestra situación. Siempre teníamos que compartir el baño con otras seis familias. La situación era peor cuando la encargada, una mujer despótica, cor-



El Dictador Argentino

ERON

Yo comprendí que me miraban despectivamente por ser la hija de la portera.

Recuerdo cierta vez que dos niños bajaron a la calle en donde yo me encontraba, vestida con mi limpiísimo delantal almidonado. Venían muy elegantes y orgullosos con sus trajes nuevos. Me parece ver al varón ponerse los flamantes guantes mientras la nena, que llevaba una muñeca, balanceaba su linda cartera con su mano libre.

Corrí a esconderme y a llorar a mi habitación.

Yo no tenía ninguna de estas cosas, ni siquiera una muñeca. Cuando era pequeñita jugaba durante horas con los percheros para colgar ropa de mi madre.

El destino llamó a mi puerta

Mis padres eran demasiado pobres para comprarme juguetes y nunca tuve una fiesta de cumpleaños hasta cumplir los quince, cuando ya me había mudado a la Residencia Presidencial.

Me cansé de no obtener nunca regalos de los Reyes Magos y dejé de pedirles que me trajeran juguetes.

Mi madre quería que yo tuviese una sólida instrucción religiosa y moral y, por lo tanto, me mandó a las Monjas de María Auxiliadora. Era un colegio pagado. Yo, consciente del sacrificio que hacían mis padres, me esforcé en ser la mejor alumna de mi curso. A menudo las hermanas me ponían a cargo de las oraciones, lo que constituía una distinción.

La religión era mi fuerte y mis padres estaban contentísimos.

La niña que mejor se compor-



Nélda Rivas en su alcoba, actualmente, con los dos perritos que le regaló Perón. El blanco, "Monito" pertenecía al dictador. El Negro, "Tinolita", a Eva Duarte de Perón.

taba durante la semana recibía como premio una cinta de seda azul. La disciplina era una de mis principales virtudes y yo ganaba invariablemente el premio que luego presentaba orgullosamente a mis padres.

Se acercaba la fecha en que debía hacer mi primera comunión, y me esmeré más que nunca en mis obligaciones religiosas: el rosario, la misa y el catecismo.

Mis compañeras comentaban los bellos vestidos que llevarían en es-

ta importante ocasión. Le pregunté a mi madre si yo también podría llevar un vestido largo y blanco como el de las novias.

Me contestó que no teníamos dinero para tales cosas. Que no era el vestido, sino la majestad del acto de la comunión lo que tenía importancia. Pero, a pesar de la explicación, lloré amargamente. Me pareció una injusticia tener que presentarme con mi uniforme del colegio mientras las demás vestían de organdí, con cintas y encajes.

En 1951, cuando tenía doce años y estaba por terminar mis estudios primarios, mi padre se enfermó y tuvo que someterse a una operación. Muy pronto nos encontramos sumidos en deudas: cuentas de hospital y de médicos además, de los carísimos medicamentos importados.

Mi madre, luego de trabajar todo el día, debía cuidar a mi padre durante la noche. Fue enviada a casa de una tía. Esta visita ha quedado grabada para siempre en mi memoria. Cierta día escuché que mi primo le decía a su madre:

—Mamá, ¿cuándo se va a ir Nély? Come demasiado.

Sentí una terrible amargura. Pero resolví no decirle nada a mi madre para no causarle más preocupaciones.

También recuerdo el día en que mi madre se decidió a pedirle a uno de los inquilinos que usara la escupidera porque ella debía limpiar el piso cada vez que él pasaba. La insultó soezmente y le gritó:

—¿Y para que está usted sino es para limpiar mis...?

Mi padre que alcanzó a oír la res-

Nélda Rivas y su madre, en la actualidad, en el comedor de su casa de Buenos Aires. La casa es un regalo de Perón a los padres de Nélda.

puesta se abalanzó al corredor y le propinó una terrible paliza.

Yo deseaba ardientemente sacar a mi madre de este mundo de insultos, basura y salvaderas. Mi deseo se realizó antes de lo que esperaba. El destino llamó a mi puerta en una forma tal que aún hoy día me asombra.

— II —

Mi felicidad era indescriptible

Las chicas estaban arrebatadas con la Unión de Estudiantes Secundarias, comúnmente conocida como la UES. Se trataba de un club deportivo que el presidente Perón había inaugurado para ellas en su quinta residencial de Olivos, un suburbio residencial de Buenos Aires.

La quinta se usaba muy poco, desde que falleciera Eva Perón, el año anterior.

Yo tenía catorce años y cursaba el segundo año de la escuela secundaria. Mis compañeras me contaban maravillas de la UES. Decían que allí se veían películas norteamericanas mucho antes de su estreno en los cines del centro. Se podía correr en motoneta — la última novedad en la Argentina — hacer toda clase de deportes; la comida era deliciosa... y todo absolutamente gratis.

La idea no me atraía gran cosa. Prefería leer tranquilamente a estar en movimiento perpetuo en el campo de deportes.

Pero soy loca por el cine, tanto que los domingos solía ir sola al de mi barrio a ver hasta tres películas seguidas.

Mi amiga Teresa me decía:

—Zona, ¿por qué gastas tu dinero en películas? Ven conmigo a la UES.

Y un día, me parece que fue un





Néilda Rivas, la favorita de Perón, sentada en la Sala Amarilla, principal pieza de recepción de la residencia presidencial del dictador, con "Tinolita" entre las manos.

lunes, en agosto de 1953, sin gran entusiasmo, fui con Teresa.

Una vez allá me mostró con orgullo el espléndido parque, que se extendía varias cuadras. Había canchas de basketball y de tennis, una pista de patinaje, una pista de carreras, avenidas para las motonetas, un gimnasio, pileta de natación, un enorme comedor, una sala de televisión y un magnífico cine.

Estábamos inspeccionando las motonetas en el garaje cuando Teresa exclamó de pronto:

—¡Parece que está allí el General!

Las chicas corrían en todas direcciones y se congregaban en el otro extremo del garaje, como moscas alrededor de la miel. Teresa me tomó de la mano y corrimos hacia el mismo lugar. Logré avanzar hasta la primera fila y allí estaba él. ¡El Presidente en persona!

Estaba encendiendo un cigarrillo de espaldas a nosotras. Luego se dio vuelta y sus ojos se posaron en mí.

—Me sonrió:

—Veo que tenemos una chica nueva hoy. ¿Qué tal natita; le gusta la UES?

Quedé muda. Sentí que un escalofrío me corría por todo el cuerpo. Empecé a temblar como una hoja.

Seguía temblando, aún después que él se había ido. ¡Había visto al famoso presidente Perón y él me había hablado! Apenas podía caminar.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Teresa extrañada—. Venís aquí por primera vez, el General te habla y no eres capaz de contestarle.

Yo había quedado estupefacta ante la sencillez y cordialidad de Perón. Tampoco había esperado que fuera tan buen mozo.

Continuamos recorriendo el club. El perfume de Perón se me había quedado grabado. Más tarde supe que era un perfume francés, su preferido, y que se llamaba "Femme", de Marcel Rochas.

El domingo siguiente, pues era mi primer día libre, volvía a la UES. Pero el General no apareció y sentí cierta desilusión.

Al atardecer de mi tercera vi-

sita, cuando ya creía que no vendría, alguien gritó:

—¡Aquí viene el General.

Y nuevamente hubo un alboroto de chicas que corrían hacia él.

—Hola, General —lo saludaron en coro al verlo bajar de su Mercedes Benz azul—. ¡Tanto tiempo sin venir a vernos!

Cuando su vista se encontró conmigo comprendí que no se acordaba de mí.

—¿Le gusta la UES? —me preguntó nuevamente.

Mi corazón empezó a latir furiosamente y mis rodillas a temblar.

—Chicas, vamos a tomar un café —nos propuso.

Nos dirigimos hacia su chalet particular, ubicado en el centro del parque y allí lo rodeamos.

—¿Cómo van esos estudios? —nos preguntó. Y agregó bromeando:

—¡A la que no estudie le quito la motoneta!

Siguió conversando con las chicas; mientras yo tomaba silenciosamente mi café sin quitarle los ojos de encima.

Algunos meses más tarde, en noviembre, el General se encontraba paseando por los jardines, repartiendo premios de billeteras a las chicas que habían pasado de grado.

Preguntó a Teresa:

—¿Qué tal los estudios?

—No sé, mi General —contestó ella—. Pasé mis exámenes, pero no sé si llamar buenas mis calificaciones...

El sacó entonces una bonita billetera roja de su bolsillo y se la entregó. Como en todos los demás casos, contenía un billete nuevo de quinientos pesos... Una suma muy grande en esa época, ya que equivalía al sueldo mensual de un obrero.

—¿Y qué tal por este otro lado? —dijo dirigiéndose a mí.

—Pasé —contesté.

—Entonces también le corresponde un premio —me dijo.

Palpó sus bolsillos, pero se había quedado sin billeteras. Cuando algunas horas más tarde lo volví a ver, se había reabastecido, y me entregó una billetera que contenía 500 pesos.

Sólo atiné a decir:

—Gracias, General.

La próxima vez que fui a la UES el General seguía repartiendo billeteras y quiso darme otra. La rechacé explicándole que ya había recibido una.

Aproveché la oportunidad:

—General, si usted me permite, me gustaría hablarle.

—Dígame, nenita.

—Quiero darle las gracias por el premio que me dio.

—Pero ya me las habías dado.

—Sí, pero mi agradecimiento es muy especial. Les di el dinero a mis padres y ellos me pidieron que le diga que están muy agradecidos. Mi padre está enfermo y ese dinero nos ha ayudado enormemente.

Me ofreció darme una recomendación para la Fundación "Eva Perón", donde podríamos obtener las medicinas importadas.

Con el tiempo me infiltré en el grupo del que era núcleo la Comisión de Deportes, dirigentes con quienes siempre charlaba el General cuando hacía sus visitas al club, y en noviembre, tres meses después de haber entrado en la UES, el Presidente me conocía por mi nombre.

Frecuentemente, el General convidaba a ocho o nueve chicas a almorzar con él en el comedor de su chalet. Este chalet, el único edificio que no formaba parte del club, se había conservado como residencia de verano del Presidente, de manera que éste podía ocuparlo cuando lo deseaba, mientras los jardines habían sido cedidos a la UES.

Estos almuerzos ofrecían la oportunidad de presentarle las chicas nuevas al Presidente. Era para éstas un gran honor. Y una de las obligaciones de la Comisión de Deportes, además de organizar las actividades deportivas, era seleccionar a estas chicas.

Durante uno de estos almuerzos, el General me preguntó:

—¿Qué tal le va con la motoneta?

—No practico —le respondí.

—¿Por qué no? —preguntó.

Ya había tomado suficiente confianza como para contarle.

—Las otras chicas aprenden con los mecánicos. Pero a mí me gustaría tener el honor de que me enseñara Perón.

Por un segundo se quedó mirándome. Luego exclamó:

—¡Qué respuesta tan original!

Aceptó gustoso enseñarme y propuso que nos encontráramos los domingos a las nueve de la mañana, antes de que llegaran las demás chicas. No quería ofenderlas ni provocar en ellas envidia de que fuera a mí solamente a quien diera lecciones.

Nuestra amistad se hizo mayor durante el mes en que aprendí a manejar la motoneta. Pero el ministro de Educación, doctor Armando Méndez San Martín, que acompañaba a Perón como si hubiera sido su sombra cuando éste visitaba el club, y que había organizado la Unión de Estudiantes Secundarios para congraciarse con él, opinó que yo me estaba tomando excesiva confianza con el Presidente.

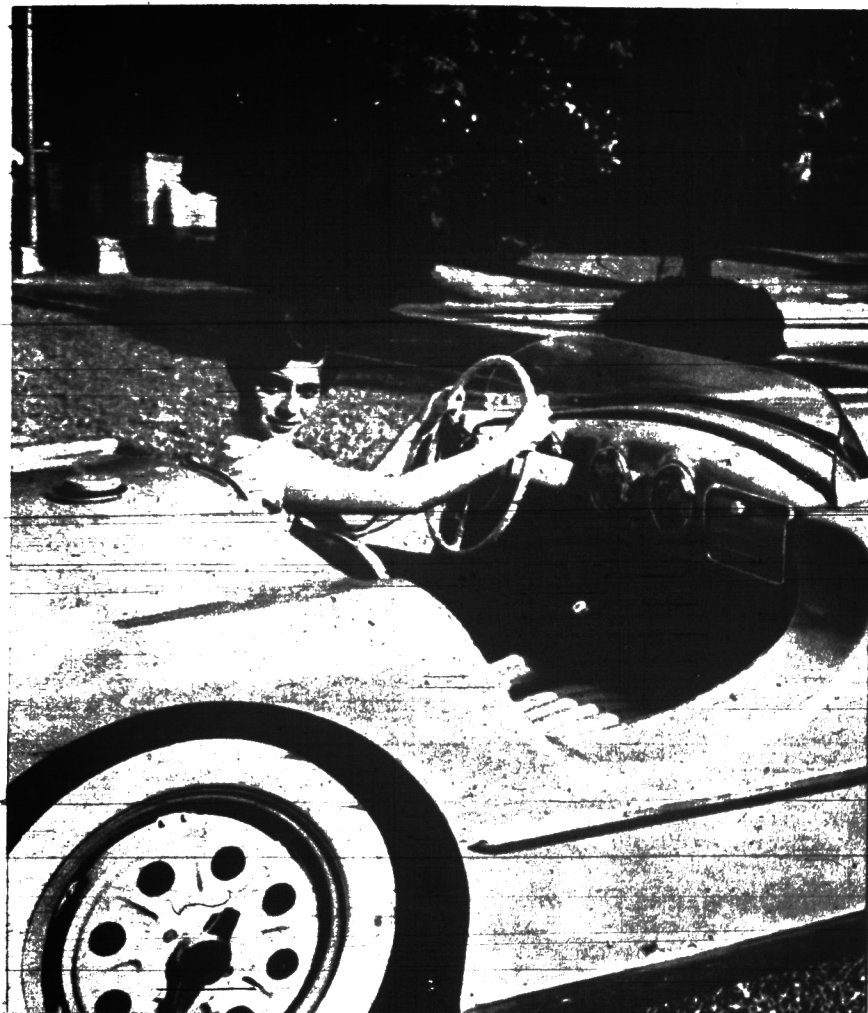
Un día me mandó a decir que no me acercara más al General, advirtiéndome que si insistía sería expulsada de la UES.

Me alejé. Cuando veía al General acercarse en la motoneta, yo cambiaba de rumbo para evitarlo.

El se dio cuenta de esto y en cierta oportunidad me detuvo.

—¿Qué pasa que no está más en el grupo? —me preguntó.

(Continúa en la Pág. 84)



Néilda Rivas al timón del auto de sport de Perón en los jardines de la residencia presidencial en Buenos Aires. Este fue el primer auto de sport hecho en la Argentina, y se llamó "Justicialista". La foto fue tomada en enero de 1954.

significación volcaban los sobre Urrutia y Mendieta.

El representante auténtico por Oriente, Luciano Rodríguez Portuondo, se hacía eco del sentir general en una moción pidiendo "un voto público de reconocimiento y felicitación" para los funcionarios denostados por el gobierno.

Finalmente, un órgano respetable de opinión que no se caracterizaba precisamente por sus posturas radicales —el "Diario de la Marina"— dedicaba sobresalientes comentarios al asunto:

—Más allá de la polémica técnica sobre si los magistrados Urrutia y Mendieta podían hacer o no lo que hicieron, la realidad es que el espíritu opositor de la población oriental y de gran parte de Cuba ha aplaudido su gesto de colocarse junto a los enjuiciados por los sucesos del Gramma y por las actividades políticas. Se recordaron los casos del doctor Edelman y del doctor Joaquín del Río Balmaseda en otras épocas, y ambos magistrados quedan "rankeados", como se dice en términos deportivos, para los más altos puestos en su día... Desentendiéndose de todas estas manifestaciones, el gobierno, a través del ministerio de Justicia, seguía la actuación anunciada por Camacho Covani, quien había prejuzgado el caso en opinión de muchos juristas.

El rector del tribunal de Urgencia de Santiago fue instruido de cargos, el martes 13, por el teniente fiscal Francisco Ponte Domínguez, designado juez instructor. Se sabía que la ingrata misión había sido encomendada al principio a otro funcionario de análoga categoría, Alvarez Maruri, el teniente fiscal más antiguo del TSJ, pero hubo un traspás singular.

El interés político oficial estaba empeñado en juzgar por prevaricación a Urrutia. Empero, al consultar el capítulo V del título VI del Código de Defensa Social, que contemplaba ese delito, se descubrió que sólo se refería a sentencias, autos o providencias, nunca a votos particulares. Hubo que destruir, pues, el proyecto redactado y buscar otro motivo de querrela, esta vez "por apología del delito", figura sancionada en el mismo código (artículo 218) con privación de libertad de un mes y un día a 6 meses o multa de 31 a 180 cuotas, o ambas penalidades.

Como se observaba, la acusación era bastante nebulosa. Su decisión quedaba entre 2 salas: la de lo Criminal, encargada de juzgar las inculpaciones a magistrados, y la de Gobierno, a la que competía resolver si había o no culpabilidad.

Dos eminentes penalistas concedían a EN CUBA apreciaciones exclusivas sobre el candente tópico. José Miró Cardona, decano del Colegio de Abogados de La Habana y profesor de Derecho Penal de la Universidad, afirmaba escuetamente:

—El magistrado Urrutia no ha cometido delito alguno. Ha amparado su voto en razonamientos legales y lo ha hecho en el ejercicio de sus facultades, juzgando según su criterio jurídico, lo que constituye, además, su obligación... En cuanto a la llamada "apología del crimen", no es otra cosa que una instigación directa a delinquir, lo que requiere que el discurso lleve en sí mismo una voluntad provocativa que está totalmente ausente en este caso, pues la propia naturaleza del voto particular impide que se integre la provocación.

—Lo que sí suscita alarma —sostenía— es la agresión al Poder Ju-

dicial que supone el que se quiera impedir que un magistrado se produzca libremente en una sentencia. Esto es querer perturbar la función judicial y constituye un manifiesto error por parte del gobierno. Si éste respetó a los magistrados que señalaron en voto particular la inconstitucionalidad del régimen, debió haber mostrado igual respeto para el magistrado Urrutia.

Otro catedrático de Derecho Penal y decano de la facultad de Derecho, Francisco Carone, traía a colación la Declaración de Independencia de los Estados Unidos y la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, de 1948, las cuales establecían el derecho de resistir a la opresión.

—Nuestra Constitución de 1940 —expresaba— estableció como colofón la "resistencia adecuada" para defender los derechos fundamentales. A partir del fatídico 10 de marzo, una situación injusta e ilegal se mantiene sobre el sufrido pueblo de Cuba. Y habiendo fracasado los intentos pacíficos para restablecer la democracia, los ciudadanos se ven compelidos al supremo recurso de la rebelión. Los actos realizados por los insurgentes en la provincia oriental responden a ese derecho. Por eso el voto particular del magistrado Urrutia es una de las resoluciones judiciales mejor fundadas que conozco y constituye un jalón de honor para nuestra patria. La jurisprudencia mundial lo citará como un hecho ejemplar y un paradigma de justicia.

MIS AMORES CON PERÓN...

(Continuación)

Le conté lo que había pasado con Méndez San Martín.

—Yo creía que eran órdenes tuyas —le dije.

—Esto no me gusta nada —me dijo—. Quiero que las chicas sientan que pueden acercarse a mí con toda tranquilidad.

La próxima vez que fui al club, el General me mandó llamar. Lo encontré con Méndez San Martín y pensé que algo iría a suceder.

Dirigiéndose al Ministro, pero no sin antes haberme mirado con picardía, el Presidente le dijo:

—Nelly nos ha abandonado, ¿verdad, Méndez? Debemos estar poniéndonos viejos. Esto no puede ser.

Y volviéndose a mí añadió:

—Hoy almorzará con nosotros.

Me sentó a su derecha y a Méndez a su izquierda, directamente en frente de mí. ¡Qué almuerzo memorable! A un lado veía a Perón y mi felicidad era indescriptible. Me parecía un sueño. Miraba frente a mí y veía toda la furia contenida del Ministro de Educación.

Al finalizar el almuerzo, el General me dijo con una sonrisa cordial:

—Espero que nos volveremos a ver.

Yo me sentía feliz y preocupada a la vez. Sabía que Méndez San Martín no me perdonaría esta humillación. Veía en sus ojos que me había declarado la guerra.

— III —

La bandada de gorriones

El Dr. Méndez San Martín, ministro de Educación, no tardó en vengarse de mí por la humillación sufrida por él durante nuestro almuerzo con Perón.

Aquella tarde, al regresar a casa desde el club, noté que subía al autobús una gordita. Era una de las chicas mayores y normalmente

no tenía por qué tomar nuestro colectivo. La cosa me olió a peligro.

—Teresa —susurré a mi amiga— tengo la impresión de que ésta viene por orden de Méndez San Martín. ¡Tomá mi carnet de la UES y bajate rápido!

Así lo hizo. Y cuando me bajé, la chica me siguió y me detuvo:

—Ya se te había advertido que no te portaras en la forma en que lo haces —me dijo—. Entrégame tu carnet.

—No lo tengo —le dije.

—¿Y cómo entraste a la UES? —me preguntó.

—Por mi bonita cara —le contesté.

—Bueno, no importa —me dijo—. Se le dará orden al portero de que tu carnet ha sido anulado.

El próximo domingo, Teresa y yo fuimos al club como de costumbre. Cuando presenté mi carnet en la entrada el portero lo retuvo.

—No puede entrar —me dijo—. Usted no es estudiante secundaria.

No pudiendo dar las verdaderas razones al portero, Méndez San Martín había recurrido a este absurdo pretexto.

—Teresa, entra, corre y tráeme un carnet. Cualquier carnet —le dije.

Mi amiga desapareció en la UES y regresó con un carnet que había pedido prestado a una chica que ya estaba adentro.

Me lo pasó disimuladamente. Esperé que el portero cumpliera su turno y cuando fue relevado me puse en la larga fila que esperaba para entrar.

—Por favor, apúrese —dije al llegar a la puerta. Voy atrasada a la reunión de la Comisión de Deportes.

Y agitando el carnet en el aire corrí a través del portón antes que el inspector pudiera escrutinarlo.

Una vez dentro del recinto, esperé el momento oportuno para hablar con Perón. Cuando éste se presentó le conté lo que había sucedido.

—Venga —me dijo.

Y me llevó hasta el escritorio de su chalet particular. En un papel con el sello presidencial escribió de su puño y letra: "La señora Nelly Rivas tiene libre acceso a la Quinta Presidencial. Juan Perón." El Club ocupaba el parque de la residencia veraniega presidencial.

Desde ese día mostré la nota personal del General cada vez que entraba al Club y cada vez causaba igual sensación.

Méndez San Martín tuvo que tragarse su ira cuando se enteró de este nuevo éxito mío. Su mirada era de hielo cuando el General, como de costumbre, me llamaba para tomar café o conversar.

Se acercaban las vacaciones y las chicas de la Comisión de Deportes y yo le dijimos al General que nos gustaría celebrar la Nochebuena con él. La idea le agradó y nos pidió que hiciéramos una lista de veinte a veinticinco chicas.

Pero cuando la Comisión le presentó la lista para someterla a su aprobación, mi nombre había sido eliminado por Méndez San Martín. El General la leyó y me miró.

—¿Y por qué no estás tú, Nelly? —me preguntó.

—No sé —respondí—. Tal vez no me han elegido.

—Vamos... —dijo—. Una chica como vos, que siempre está en el grupo. Tenemos que poner a Nelly —dijo volviéndose a las demás, y añadió mi nombre a la lista.

A mis padres no les gustó la idea. Yo era hija única y ésta sería la primera vez que pasaría la Nochebuena lejos de ellos.

Pero les expliqué que ellos se tenían el uno al otro mientras que

Perón no tenía a nadie. Les dije que sería un egoísmo no hacer nada por Perón después de todo lo que él había hecho por nosotros. Finalmente aceptaron.

La cena tuvo lugar en el chalet presidencial, situado en los jardines del Club. Las otras chicas, de una situación económica mucho más holgada que la mía, llegaron elegantísimas. Yo me había puesto lo mejor que tenía: una sencilla falda de seda gruesa, muy bonita, una blusa bordada color azul y cuello redondo y zapatos negros de tacón alto.

El General estaba acostumbrado a vernos en pantalones todo el tiempo.

Cuando apareció, sobriamente vestido de sport, exclamó:

—¡Por Dios, qué elegantes! Si ustedes me hubieran avisado me habría vestido de otra manera...

Charlamos y reímos alegremente. Cuando pasamos a cenar el General invitó a las chicas a que eligieran ellas mismas sus puestos en la mesa. Y mientras ellas vacilaban me hizo además de que me sentara a su derecha.

¿Por qué me distinguí a mí entre las otras chicas aquella noche y las otras tres o cuatro mil que acudían todos los domingos al Club? No lo sé.

Había incontables chicas de lindas caras y de magníficas figuras. Algunas tenían veinte años. Yo tenía catorce, no era bonita ni tenía hermosa figura. Era pequeña y parecía una nena, aunque más desarrollada que el promedio de las chicas de esa edad.

Eva Perón, hablando de sí misma, lo dice muy bien en su libro "La Razón de mi Vida": "Yo era uno de una bandada de gorriones y él me eligió."

En la mesa, sobre cada plato, nos esperaba un paquetito artísticamente envuelto.

Las chicas fueron abriendo sus regalos entre grandes manifestaciones de alegría al descubrir una un brazalete de oro, otra, un par de aritos finos; aquella, una gargantilla...

Noté que el General me observaba atentamente mientras abría el mío. Mi regalo era tal vez el más insignificante de todos: un anillo de oro, completamente sencillo. Tal vez el motivo que tuvo el General para elegirlo fue poder comprobar si yo era o no ambiciosa y si demostraría o no desilusión.

Cuando puede hablarle a solas, en el jardín, adonde habíamos salido a admirar un arbolito de Navidad lleno de luces, le dije que quería agradecerle, nuevamente, su regalo.

—Las otras chicas recibieron cosas que tal vez tengan mayor valor material —le dije—, pero para mí éste es un regalo de un valor incalculable, porque es un recuerdo de usted.

Después de una exquisita cena, vimos a Marilyn Monroe en la película "Los Caballeros las Prefieren Rubias". Y poco antes de medianoche regresamos a la mesa para celebrar con champaña la llegada de la Navidad.

Durante la velada, el General se había referido a los muchos vestidos y cosas que habían pertenecido a su difunta esposa, a quien siempre llamaba "La Señora". La Confederación General del Trabajo deseaba que se hiciera con ellas un museo.

Inmediatamente todas manifestamos enorme interés en ver tal ropa y nos ofrecimos para ayudarlo en el proyecto. Organizamos un grupo de siete chicas y fuimos a la Residencia Presidencial, en Buenos Aires, donde Perón residía.

El General nos invitó a almorzar y luego nos llevó a visitar el



Yo SIEMPRE me siento "así"

Alegre y dispuesta

Con "Fandorine" el gran regulador para los trastornos femeninos, se evita todo malestar, debilidad o intranquilidad propias de "ciertos" días.

Fandorine

El regulador que toda mujer necesita.

guardarropas de "La Señora", que se guardaba en cuatro habitaciones en el ala derecha del segundo piso.

En una habitación se hallaba toda la ropa deportiva: pantalones, blusas, "sweaters", etc. Otra estaba llena de vestidos de mañana, tarde, y de "cocktail". Una contenía sombreros y zapatos de todos los colores y formas.

Pero la habitación que más me deslumbró fue la que encerraba los magníficos trajes de noche que es posible imaginar. Había estolas, capas y abrigos de armiño, visón y de pieles de todas clases. No me cansé de admirar los bordados y las riquísimas telas. Me parecía aquello un cuento de hadas.

Cuando tuvimos un momento, observé al General que su casa era muy, muy grande.

—Sí, es demasiado grande para un hombre solo —admitió.

Vi que estaba rodeado de comodidades pero su soledad me hirió. Y le dije de todo corazón:

—Si usted se llega a sentir solo, General, no vacile en llamarme y yo vendré a acompañarlo...

—¡Hum!... No puedo hacer eso —me respondió sonriendo—. Pero tú puedes venir a verme cuando lo desees.

—IV—

Una habitación para mí sola

Nuestra fiesta de Navidad con el general Perón había tenido tanto éxito que decidí organizar otra para el Año Nuevo.

Me puse de acuerdo con otras cuatro chicas de la Unión de Estudiantes Secundarias y luego de conseguir de nuestros padres la autorización que necesitábamos, nos dirigimos al Presidente:

—General —le dije— quisiéramos celebrar el Año Nuevo con usted, que ha sido tan bondadoso con nosotras. No queremos que usted esté solo en una noche como esa. Y le expliqué que teníamos el consentimiento de nuestros padres.

Nos preguntó cuántas seríamos y cuando le dije las que éramos, estimó que la Residencia Presidencial en la UES era demasiado grande para un grupo tan reducido.

Pensé un momento y luego dije: —¿Ustedes no conocen mi quinta en San Vicente, no es cierto? Allí hay muchas cosas que pueden interesarles... Mis colecciones de armas japonesas y muchas otras reliquias. Creo que ese sería el sitio ideal para nuestra fiesta.

La idea nos encantó. Combiné con las otras cuatro chicas reunirnos en mi casa en la mañana del 31 de diciembre. El General mandó un auto a buscarnos y partimos para San Vicente, que queda a más o menos, dos horas de Buenos Aires.

Cuando llegamos a la quinta, nos encontramos con el General trabajando en el jardín, vestido con un pantalón viejo y con las manos y

los zapatos cubiertos de barro. Nos dio una cordial bienvenida y nos llevó a recorrer la quinta que él mismo había fomentado. Por último, nos invitó a pasar a la casa, donde nos esperaba un riquísimo almuerzo.

Luego, mientras el General dormía su siesta habitual, nosotros nos sentamos alrededor de la amplísima pileta de natación, chapoteando con los pies en el agua y charlando sobre mil y una cosas.

Queríamos recibir el Año Nuevo con el General, pero comprendimos que si lo hacíamos se nos haría demasiado tarde para regresar a nuestros hogares en Buenos Aires.

—¿Podríamos pasar aquí la noche? —le pregunté al General.

—¿Qué dirían vuestros padres? —preguntó él.

—Los llamaremos por teléfono y averiguaremos —contesté.

—Pero, ¿acaso trajeron sus cosas para la noche?

Le aseguré que nos arreglaríamos perfectamente. Llamamos a nuestros padres, les explicamos la situación y accedieron a dejarnos pasar la noche en la quinta.

Alrededor de las diez de la noche, llegaron el ministro de Educación, Méndez San Martín, y otros miembros del Gabinete a desearle al Presidente un feliz Año Nuevo. Se despidieron al poco rato para regresar a sus casas y pasar la fiesta con sus familiares.

Celebramos, comiendo castañas, almendras y otros dulces tradicionales, mientras cantábamos y entreteníamos al General con nuestra charla. Cuando sonaron las doce campanadas brindamos por Perón y por el año 1954. Yo estaba en el séptimo cielo.

Cuando llegó la hora de irnos a dormir, el General nos indicó cuáles eran nuestras habitaciones. Las otras chicas quedaron de a dos; yo tuve una habitación entera para mí sola.

Uno de los momentos más felices de mi vida

Durante los tres primeros días del Año Nuevo, el General no apareció por la UES. Comencé a pensar que podría haberle ocurrido algo.

Me armé de valor y el 4 de enero me dirigí a la Residencia Presidencial, en Buenos Aires. El guardián en la reja principal me preguntó qué quería.

—Quiero ver al Presidente —le dije.

—¿Para qué? —me preguntó.

—Para un asunto personal —contesté.

El guardián llamó a Atilio Renzi, el mayordomo de Palacio.

Le dije a Renzi que tenía algo importante que decirle al Presidente.

—Dígamelo a mí —me repuso— y yo se lo transmitiré.

—No —insistí—. Es algo muy personal, que sólo puedo decirsele al Presidente.

Finalmente, Renzi pensó que, posiblemente se trataba de algo verdaderamente serio en lo que él no debía intervenir y me dejó entrar.

El General se alarmó cuando me vio.

—¿Qué pasa? —me preguntó ansiosamente.

—Nada —le contesté—. Solamente quería verlo... Hace tiempo que usted no va a la UES. Creí que, a lo mejor, estaba enfermo.

Se rio a carcajadas. Yo lo miraba y lo escuchaba con gran regocijo.

Finalmente me dijo:

—No me pasa nada. Simplemente he tenido mucho trabajo. Quédate a almorzar conmigo...

Me quedé y volví todos los días después de esa primera visita. Le

(Termina en la Pág. 98)

CONTRA ESTO Y AQUELLO...

(Continuación)

la Democracia cubana, civiles y militares, que hoy sufren tras las rejas. Aquí no puede haber solución mientras no se apruebe una justa ley de perdón".

LOS OBREROS del central "Hershey" protestan vigorosamente contra el Decreto 1385. Este Decreto, que comienza a aplicarse a la terminación de la zafra, cuando se inician las obras en la refinería, determina una rebaja del 50 por ciento en los salarios. Como resultado, un padre de familia, para ganar 18 pesos a la semana, tiene que trabajar como un esclavo. "No podemos soportar más este yugo del Decreto de marras", gritan los trabajadores.

DESDE HOLGUIN, se nos informa que lo más escandaloso de los Carnavales no fué el cacareado "secuestro" de un grupo de jovencitas, sino "el frío" que le hizo el pueblo a los festejos. En la noche del sábado, víspera de los Carnavales, estallaron bombas. Casi ningún vecino instaló kioscos ni adornos. Los bailes tuvieron que ser suspendidos por falta de público. Y la misma Reina del Carnaval se negaba a salir, por temor a los actos de terrorismo. "El desfile de las carrozas —dicen nuestros informantes— estaba anunciado para las 4 de la tarde y dió comienzo a las 11 de la noche".

CUESTA, desde Santa Clara, nos dice sobre la Terminal de Omnibus: "A la gran cantidad de escándalos que se dieron en su construcción, se suma ahora la estafa que se comete con el arrendamiento de locales a los detallistas, a los cuales se les cobra el triple de lo que valen en realidad. Igualmente, hay gran malestar entre los choferes de la piquera situada frente al parque Leoncio Vidal, al anunciarse que los concesionarios establecerán una piquera oficial de taxis. Los afortunados concesionarios son Nico Páez Llanes, jefe de materiales y suministros de O. P., Octavio Donnell, constructor de la obra, el Vicepresidente del Ayuntamiento Dr. Joaquín Montenegro, y el Conductor Abelardo Guzmán.

EL BUZON...

(Continuación)

no cobrar, porque los guajirós son muy pobres y no tienen con qué pagarle? Esos "infelices" obreros y empleados que tienen que pagar tres o cuatro pesos por el certificado (que usted llama despectivamente el "famoso papelito"), ganan muchas veces más que muchos médicos que trabajan en las pomposas

instituciones de la Capital, donde les pagan sueldos de miseria y tienen que consultar hasta 30 turnos diarios, entre ellos pacientes que bien pudieran pagar la consulta particular. Una parte del \$1.50 de ese "papelito" se destina a mantener el Pabellón Borges, del Calixto García, donde se recluyen a los médicos pobres cuando se enferman. La otra va destinada al Colegio Médico Nacional, que es la institución que vela por nuestros intereses. El sobreprecio que se cobra en provincias lleva adjunto un sello que dice "honorarios médicos: \$2.50," los cuales se emplean para levantar fondos para la edificación de los colegios médicos municipales, que se construyen SOLO con este aporte, ya que ningún organismo oficial contribuye a ello con nada. Y en cuanto a esos obreros y empleados, que acuden al médico con frecuencia buscando esos certificados, sepa usted que la mayoría de las veces van fingiendo enfermedades para estafar de esa manera a los patronos. En resumen: el famoso "papelito" que dice usted, es como el sello que se le pone a las cartas. ¿Usted se ha quejado alguna vez de tener que ponerle sellos a las cartas? ¿Usted se ha quejado de los otros impuestos que tiene que pagarle al Estado? Espero que rectifique su demagógico comentario".

Dr. Santiago Casanova Valdés.
Bayamo.

Respuesta: No hay nada que rectificar. De un modo u otro, salvando las excepciones, constituye un abuso cobrarle a un obrero o a un empleado cinco pesos por un certificado que debería obtener gratis. Si hace falta levantar edificios, o mantener colegios, que se busquen otras entradas. En cuanto a la bondad de los médicos, hay también casos. Yo conozco un médico el Dr. Antonio Cánovas Vega, que ejerció más de diez años en la localidad de Puerto Padre. Curó a María Santísima. Combatió heroicamente las epidemias de fiebre tifoidea y de paludismo, en los años treinta y cuarenta, cuando la Sanidad en Cuba era peor que hoy. No le dijo que no a nadie que lo necesitó. Fue, más que un profesional, un verdadero benefactor. Desde luego, salió arruinado del pueblo, sin un centavo en los bolsillos, aunque aclamado por todo el mundo. Otros que vinieron después, sin embargo, han levantado clínicas y magníficos dispensarios en unos pocos años, cobrándoles a los infelices guajirós lo que les da la gana por una radiografía o por una operación de apendicitis. De modo que ya usted ve: hay médicos y médicos. Aunque usted puede decir, y con razón, que la verdad está en el medio, pues no se puede proceder tan franciscanamente como Cánovas, ni tan egoístamente como los otros.

En cuanto al otro aspecto de su carta —la necesidad de obligar a los ricos y acomodados a pagar la asistencia médica, y no acogerse descaradamente a clínicas de tres pesos mensuales, cuando no a hospitales públicos, como se acogen— es cosa que merece un comentario en grande. Se lo prometemos para próximas semanas. Porque debe decirse claramente de una vez que si hay millares de pobres que se quedan sin camas en los hospitales, y médicos que ganan 60 pesos mensuales y hasta menos, atendiendo treinta turnos como bien dice usted, ello se debe entre otras razones, a que hay muchos cariduros que pudiendo pagar una consulta privada se acogen a la beneficencia pública.